

ALGUNAS FORMULACIONES DEL CONCEPTO Y DEL FENÓMENO DE LA DEMOCRACIA

Otilio Flores Corrales

Resúmen

La “democracia”, como prácticamente todos los *conceptos y fenómenos* centrales de las ciencias sociales, es una congregación multidisciplinaria y compleja que, para ser entendida, o al menos definida, requiere de ser expuesta con una visión también de *vario linaje*.

Este documento tiene su mirada más allá de la *democracia aritmética* y centra su atención, en una *democracia política* con aristas éticas, en medio de una reflexión que atañe también a la *vocación pedagógica de la política misma*.

La *democracia* como la *política*, pese a la grave crisis por la que atraviesan —sobre todo conceptualmente—, son aquí sometidos a un breve examen con miras a pensar en *un diagnóstico* que abra una esperanza de acción fecunda, frente a los devaluados fenómenos que representan.

Abstract

“Democracy”, as almost every concept in Social Sciences, is a complex and multidisciplinary assembly of diverse elements which, in order to be understood, requires to be approached by a multifaceted explanation.

This essay aims further than just an “arithmetic democracy” and focuses on a “political democracy” with ethical edges within a framework of education as a political goal. In spite of the serious conceptual crisis they are presently overcoming, Democracy as well as Politics are scrutinized in order to visualize a diagnosis able to bring hope to a fruitful action, against the devaluated phenomena they represent.

Muéstrame cómo te sumerges y respiras,
te diré como piensas.

Peter Sloterdijk

La democracia es tema central como fenómeno y como concepto en las sociedades políticas contemporáneas.

Hoy, este tema vertebral es materia de abstracciones fútiles e imprecisas. Básicamente lo que entendemos por ésta —es decir, por la democracia— en el mar de la indefinición, es lo que hemos importado en gran medida de Europa y recientemente de Norteamérica. Definiciones que poco o nada han tenido que ver con las realidades de América Latina.

Pensar con “categorías” es una empresa compleja por diversas razones. La dificultad conceptual de categorías sociopolíticas se desprende de los artificios anacrónicos con los que se construía la maquinaria intelectual hasta hace poco. Con la caída de los “muros”, afortunadamente también van quedando atrás de manera paulatina sectarismos dogmáticos no sin problemas serios para la vida académica del siglo XXI.

Vivimos tiempos “apresurados” en los cuales la fugacidad de la vida, de la memoria y de las proyecciones tienen breve cabida. Y a escala conceptual, esta volatilidad ha cobrado la factura en “permitir” expresar prácticamente lo que sea sobre las cosas y los fenómenos con la precisión de la coyuntura. Hay peligro en el *verbo sin contenido*; y lo hay más en la acción sin sentido que emerge de semejante verbo.

En todo caso, habrá que abordar “al concepto” de manera múltiple, es decir, multidisciplinariamente, debido a que los fenómenos también *son de diversas aristas* que tocan vértebras insospechadas.

La democracia no es un concepto unívoco ni absoluto. Tampoco es un fenómeno que se exprese de manera unitaria y simple. Al contrario, se trata de una fenomenología compleja que tendrá que ser pensada en los vértices jurídico políticos hacia la diversidad antropológica

e interdisciplinaria, para no caer en el uso del conocimiento, como arma del totalitarismo académico, el cual de nada ha servido ni a la vida, ni a las exigencias políticas de los meridianos concretos, como es el caso de México.

La construcción teórica de la democracia es una base no sólo para el debate sociopolítico, sino como punto de partida para la acción política hacia regímenes que buscan encontrar legitimidad, desde los terrenos más pragmáticos hasta las esferas de competencia abstracta.

De manera simple se ha creído que la democracia es un fenómeno netamente electoral, es decir, aritmético. La democracia no es sólo la suma de votos. Verla así es una postura eminentemente parcial desde casi cualquier punto de vista. Referirse a la democracia como “experiencia” rebasa también ser sólo un procedimiento jurídico. La democracia no puede ser asumida exclusivamente como “una técnica”. Es posible que los alcances más altos y sublimes que puede tener este fenómeno y concepto capital, se vean en la “democracia política”.

La democracia en el ámbito conceptual es el reflejo de las formas de su ejercicio. Es la representación formal de lo que se quiere hacer con ella. Por tanto, como principio, la democracia establece su ser en “la política”: es una parte de la vida pública y política de una cultura.¹ De hecho, afirmar que la democracia sea “el gobierno del pueblo” es hoy insuficiente, ya que la filología en rigor establece al *kratós*, no por “gobierno”, sino en su significado originario: “violencia”.

La palabra *democracia* en griego, con el sentido que le damos en la actualidad, no existe. El vocablo más cercano al respecto que nos dice Tucídides se usaba en el mundo de Pericles —y de Aspasia—, fue uno que no se construyó del todo: *πολιδεμοι*, palabra intraducible debido a que no existe en las lenguas que posteriormente se gestaron a partir del terreno grecolatino. La democracia en ese mundo helénico, era sobre todo una garantía de poder participar entre iguales. El *ισος* —como categoría y sentido de “igualdad”—, es una palabra funda-

¹ Al concepto no lo veo necesariamente como el *a priori* kantiano en el rigor de que éste sea un “deber ser”, sino una expresión fenomenológica (que puede dar sentido) a lo inmediato entre la conciencia y su exterior.

mental para entender el sentido otorgado por los latinos de la Roma que dominó el mundo, y después por los patrísticos de enorme influencia en la formulación de esta categoría política de Occidente.

La expresión vulgarmente conocida de que la democracia es “*el gobierno del y para el pueblo*”, representa no sólo dificultades que manifiestan su incongruencia con su significado original en griego, sino que también por los sentidos actuales que tiene la palabra “gobierno” y el concepto de “pueblo”. De hecho, la enorme demagogia que postula a la *política como “eficacia”*, le da al “pueblo” una connotación especialmente subjetiva y netamente utilitaria.

No obstante, aun cuando la democracia es y ha sido un fenómeno cambiante, diverso, dependiente de su contexto temporal y espacial, desde sus “orígenes” a nuestros días, se ha postulado como “una forma de gobernar”, de participar, de consensuar o de acordar. No olvidemos los matices que “hicieron” surgir a la democracia desde el arcaico hasta la Grecia clásica a la que tanto le debemos en Occidente: matices como el diálogo y la *paideia* son centrales en una posible y necesaria reflexión sobre las genealogías de la democracia en nuestro entorno. Se dice incluso que la *democracia*, antes de ser lo que fue, ya en el siglo V a.C. era una diosa hija de *Diké*; ella estuvo en la antigüedad

representada bajo el aspecto de una mujer vestida modestamente, coronada de vid y de olmo, teniendo en la mano una granada y algunas coronas, símbolo de la unión, rodeada de sacos de trigo abiertos, para indicar que se ocupa siempre de la subsistencia del pueblo.³

Podríamos hablar más extensamente sobre este apasionado tema raíz y explorar desde Homero hasta Apolodoro, pero este *universo*, debido a su naturaleza, puede ser materia para otra disertación.

En el mundo —particularmente en nuestro país—, la democracia se cimienta en la diversidad pluriétnica que enmarca su hegemonía en la complejidad y multiplicidad de la *política como oficio* de una Nación, hacia ella misma y hacia el orden planetario: es una referencia dia-

³Noël, *Diccionario de mitología universal*, tomo I, Edicomunicación, 1991.

crónica y sincrónica a la vez. La política es más que la pura razón formal que postula a la democracia como un fenómeno estrictamente mecánico, o efecto-causa, de las lógicas del mercado, que pretenden sustituir con sus verticales intereses a la *política como juego entre inteligencias*. La política sin humanismo se transforma en la patología del interés humano.

La política como parte de la vida ética y estética de individuos, pueblos, culturas o Estados —plurales—, es fundamento del respeto y no de la guerra. Es posibilidad para suprimir o anular la violencia, la irracionalidad o el atropello del autoritarismo bajo cualquiera de sus formas. La *vocación por la democracia* es —en primera instancia— una inclinación irrenunciable por la verosimilitud del discurso y de los hechos; la democracia al ser un derecho político, puede garantizar el esclarecimiento como forma dinámica de la mayor *vocación política* sin el simulacro ni el engaño.

Los niveles de tolerancia y de debate entre argumentos diferentes, así como la misma “construcción de la otredad”, son algunos de los elementos que ayudan a construir la democracia política como “alteridad” y como “diferencia”: y la honestidad consigo mismo y con el contrincante será un centro nodal de esa democracia. Sin honestidad como principio, la democracia se torna a lo imposible.

El problema de la *verdad* y de la *mentira* en política lo ha manejado muy bien J. Derrida,³ y como tópicos éstos han de ser materia para seminarios específicos sobre “filosofía política” y “filosofía sobre la democracia”.

No obstante, la forma más elemental de la democracia, la enfoca sólo como “un medio” para alcanzar una esfera diferente y “madura”, en el ascenso hacia el poder público que busca una legitimidad en dicho proceso.

Sin embargo, para hacer posible la convivencia aún en el conflicto, la democracia no se fundamenta sólo en la participación de entes votantes legitimadores de un desconcertante futuro: la democracia política

³ Véase Jacques Derrida, *Palabra*, Trotta, 2001.

como conjunto de fórmulas para detentar una civilidad en dicho conflicto —como estado natural de las sociedades complejas no sólo contemporáneas—, requiere ser y poseer un alto grado de conciencia en las raíces éticas de los protagonistas del oficio principal que es la “política”. La democracia electoral es sólo el nivel más simple de una pirámide que se construye con el peso esencial de “la palabra” como λογος (*logos*) y como expresión magnánima del νουσ πολιτικων, es decir, de la inteligencia política.

La democracia es un conjunto de medios para esclarecer problemas, posturas y dar alternativas a dichas complejidades, y es ahí cuando se funde con la política. La política es la manera(s), o la forma y la capacidad de dar respuesta de un pueblo o, mejor aún, de una cultura frente a problemas reales. Un individuo, un pueblo o un Estado sin alternativas carece de cultura. La forma en que se ejerce la política se refleja en la cultura de un pueblo. Y la democracia ahí es el sentido posible del movimiento del interés público. Por ello, en los alcances de la democracia se logra ver la expresión y la tolerancia del espíritu de una nación o de un país bajo la sutil abstracción de la “identidad política”.

La democracia sólida será efecto histórico de vivir el concepto. Es principio de gobernabilidad, concede legitimidad al mandato legal; es regulación de poder: ahí radica una de sus esencias jurídicas de calibre político. Es principio de orden como posibilidad en el porvenir colectivo y social. Es intersubjetividad que amerita un *anti homo simplex* porque es movimiento de la dialéctica del Derecho, del pensamiento de Estado y disposición de conocimiento y de acción. Ni la democracia, ni la política pueden ser sólo *técnica*.

Debemos añadir que las democracias jamás han sido solución en sí mismas de ningún problema. Al tratarse de mecánicas parlamentarias rumbo a un posible ordenamiento legal, el proceso del consenso es la expresión de una garantía jurídica, pero la de la política está en otra arista. Como forma de participación, *las democracias son la base o la garantía de encuentros de puntos de vista*: ahí quizá radique su esencia, como suma de voluntades, es el origen del consenso que legitima decisiones (y hasta *decisionarios*).

Sin embargo, la sumatoria democrática ha buscado más la participación que la razón, ha vivido más en el equívoco legítimo que en *la ratio* legal. ¿De qué sirve “el argumento sensato” frente a la mayoría que vence? Verosimilitud y consenso han sido antípodas en ocasiones no reconciliables. Todavía el “novedoso” oficio de hacer política bajo los esquemas de la democracia, tiene mucho que aprender de la ontología y de los principios básicos de la dinámica de la epistemología. ¿De qué sirve la jurisprudencia ante la votación aplastante, el *argumento inteligente* frente a la “negociación”? A la democracia habrá que analizarla bajo una sociología del riesgo asumiendo al “ser humano” —como interés público o privado— no sólo en la contingencia, sino en franca indeterminación.

No es fortuito el momento que atraviesa el mundo actualmente, disponiendo de la legitimidad capaz de “dar” los instrumentos de la democracia para pensar y llevar a cabo una o muchas guerras, legitimizar y hasta legalizar la pena de muerte, el genocidio reprobable o el imperio de la hambruna a escala masiva frente al argumento del puro negocio. ¿Puede legitimizar una democracia una guerra civil?

La democracia como vocación política lucha contra el desinterés por lo público. Se trata de una lucha difícil, en primer lugar, por no encontrar políticos en los líderes en turno que sólo buscan los *puestos*, en lugar de las *responsabilidades*. Difícil, por una vocación ausente que impera en la arquitectura sociopolítica como kafkiana en la poética de esta tierra, poco kantiana y sí festiva del México y de la América Latina de nuestros días, tras los años de una historia desconcertante, magnánima, como desconocida incluso aquí, entre los muros de nuestras Universidades y claustros educativos.

La democracia como ideal es un proyecto —importado o no— que está en constante construcción. Es el instrumento material de Estado para legitimar la posible rotación de las élites. Hobbes iría más lejos: él pensaría, siguiendo sus razonamientos de su Leviathan, en la legitimación de las decisiones de Estado, que por cierto tiene la tarea y responsabilidad de realizar y mantener un registro poblacional de importancia mayúscula para sus intereses mismos, sobre todo de ciuda-

danos con derechos políticos vigentes no sólo para ejercerlos en el sufragio.

La estructura técnica de las democracias electorales se recarga en la eficacia de la participación, enfocadas éstas, esencialmente, en la consolidación de las Instituciones de Estado que tienen por encomienda principal la de garantizar y asegurar transparencia en los procesos comiciales. Pero la democracia como complejidad no se compone exclusivamente de su organización técnica y jurídica —electoral o parlamentaria. Más allá de este binomio, lo que refleja una democracia es el Espíritu del movimiento de la conciencia de toda una colectividad: *el centro es el sentido político de la cultura*, de la conducta política concreta.

La política como la democracia es “sentido”. Y más allá del sentido está la meta. ¿Qué persigue la democracia? Constitucionalmente se considera a *“la democracia no solamente como una estructura jurídica y un régimen político, sino como un sistema de vida fundado en el constante mejoramiento económico, social y cultural del pueblo”*. Deber constitucional que abre hipótesis para pensar el sentido. Deber que dista de ser, bajo la óptica de asumir al concepto capital de “política”, como la pura y fría eficacia ante nuestro presente político. *No se vislumbra una posible mínima equidad en la distribución de la riqueza y sí, al contrario, otro porvenir más funesto entre esta historia que encubre al liberalismo con la máscara de la competencia democrática.*

La democracia no es un negocio ni debe regirse como mercancía en las leyes del mercado de la eficacia. Esto va —sobre todo— para la tendencia estadística que acapara el interés inmediato del que desea comprar la moda triunfante. No. *En un boceto en donde la obra es la arquitectura de la política, la democracia debe sustentarse en la legitimidad de la Ley como proyecto para ejecutar la voluntad de las inteligencias en la contienda política cotidiana que da razones.* Un principio básico es saber que toda voluntad legal debe perseguir al espíritu de la legitimidad.

No obstante, las tareas de las *Instituciones para la democracia* deben establecer vínculos directos con las Instituciones educativas y de

investigación, propiciando y enriqueciendo los “debates teóricos” que pueda haber sobre estos insumos del conocimiento. Ciertamente, la democracia no puede tener su razón de ser en el “negocio”, pero dichas Instituciones sí pueden encontrar un fecundísimo campo de acción, respecto a las demandas sociales que se pueden rastrear con dichos insumos, como interconexión entre la vida electoral, las preferencias ciudadanas y el impulso a la innovación y la creatividad para dar un sentido distributivo, respecto de la producción circulante ante las alternativas de consumo.

Más allá del romanticismo —y de una idea fácil o simple de “progreso”—, el desempeño que se vislumbra como fenómeno en la democracia, radica —por un lado— en hacer legal lo aritméticamente legítimo, y —por el otro— en encontrar un punto de coincidencia entre la razón y la generación de consensos. Todo esto siempre bajo la tendencia de optimizar y reducir costos en la óptica del trabajo profesional, del capital físico y humano de estas Instituciones a las que aquí me refiero.

No obstante el paulatino y creciente desinterés por las prioridades públicas que expresan las sociedades contemporáneas, será todavía mayor el reto que vemos aproximarse en lo inmediato. No hay que descartar como causa y efecto de esto —es decir, del abstencionismo—, las serias secuelas que arrojan los paupérrimos niveles con los que se pretende construir la vida política sin la cultura y sin “el otro”. Propiciar una equidad política entre las partes es otra tarea pendiente, no sólo del uso y la distribución de los recursos —tanto de “los participantes de las contiendas”, como de las instituciones que las hacen posibles—, sino de revalorizar y ver en cada elemento participativo —formal o real— sus propias particularidades. La democracia es una construcción de múltiples aristas en la cual la participación de los medios de difusión ejercen un papel determinante: “democracia y medios” es un universo a explorar no sólo por la importancia de su peso, sino por las graves fallas que existen en esta relación.

La *educación como formación política del hombre* es un principio de la esencia de la democracia. Las instituciones encargadas de llevar el

mando en materia democrática tienen que revalorizar el peso y la importancia del diálogo y el de los argumentos en la *construcción de la confianza* —la estabilidad de Estado tiene raíces en el orden democrático tanto del gobierno como de la apertura del Legislativo. En todo caso, la esencia fundamental no sólo de la educación, sino de la política y hasta de la democracia puede hallarse en una palabra profunda y hermosa: en *la comprensión*.

La política y el quehacer político —que en *él* va la democracia— tanto como conceptos, como fenómenos, se encuentran en una situación no sólo de indefinición, sino de crisis. Las aproximaciones a éstos, se alejan cada vez más de un humanismo que ha servido de ornato entre la academia que se divorcia de la vida. A la política se le confunde rápidamente con sistemas de eficacia y de administración, solapando así la intolerancia y la ignominia que encubren los grados más paupérrimos de la acción humana. *El quehacer político se reduce a la protesta* —y no a la alternativa—: el grito ha suplido a la palabra y los consensos —encubiertos de un sistema aritmético que se confunde con la democracia— en más de las veces aplastan a las alternativas menos patógenas.

El Estado, bajo el imperio de los dictámenes del mercado, se ha dejado llevar por una inmediatez que asombra. La *paideia* griega es un asunto que no le importa al estratega que solamente ve la curul como un puesto sin el menor compromiso social y político. No es fortuita la barbarie.

Hay que tomar en cuenta el contexto mundial para pensar la realidad nacional. La irracionalidad estadounidense ya en este momento tiene en jaque de mil maneras la inter-soberanía que es campo de acción múltiple entre nosotros.

La democracia por definición es la anti-indiferencia. Pero es justo ésta —la indiferencia— la que revive a la masa para ser sólo masa y no ciudadanía. El abstencionismo como fantasma es la expresión más acabada de la apatía política. *Política y democracia no son un conjunto de métodos y de técnicas para fulminar al contrincante, sino para fortalecerlo en la fortaleza de nuestros argumentos*. La política es un

juego de inteligencia, una auto-construcción de límites en la cual no cabe la guerra. Ahí donde la guerra comienza, podemos decir, no sólo termina la razón, sino se genera el fracaso de la política.

Es impostergable la construcción de “personas” como tarea básica de la democracia. El espíritu de los pueblos aunque heteróclito, sigue las huellas de su memoria. Un pueblo, un individuo o un Estado sin saber de dónde viene, jamás podría saber a dónde va. El sentido político de un Estado, en cualquiera de los tipos de participación que se tenga, velará por los esquemas de “principios” que van más allá del puro interés privado. La historia así lo enseña.

Hoy parece ser que las mayorías buscan cobijo en el número por falta de razones. El imperio de las mayorías quiere una idea sacrificial.

Al hablar de la “situación” del Hombre, Pascal pensaba en “la máquina” —en el hombre como ente del desinterés. El problema otra vez es el problema de la vida, del sentido de la vida y, por ende, de la vida de pueblos y de Estados. El modo de hablar sobre esto encubre una forma de ser. El ideal se transforma en utopía con una visión parcial e inmediata. Hoy el pluralismo y la construcción democrática son partes de la condición humana social.

La participación que se pueda dar a raíz de la *formación política* es a la vez un principio de la esencia de la democracia —más allá de la pura demagogia de “la participación”. Estas vértebras de las tareas de la educación son de escala mayor. Es un asunto delicado pensar en la educación política o, más aún, en la “política como educación”, en donde lo principal será plasmar para asumir, otra idea de “política”, otra idea de “la democracia”. Lo que está en juego en lo profundo, es la libertad.